



Annabel Abbs

La hija de Joyce



ANNABEL ABBS

La hija de Joyce

Traducción de
Amelia Pérez de Villar

Galaxia Gutenberg

También disponible en ebook

Título de la edición original: *The Joyce's Girl*
Traducción del inglés: Amelia Pérez de Villar Herranz

Publicado por:
Galaxia Gutenberg, S.L.
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª
08037-Barcelona
info@galaxiagutenberg.com
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: octubre 2017

© Annabel Abbs, 2017
© de la traducción: Amelia Pérez de Villar, 2017
© Galaxia Gutenberg, S.L., 2017

Preimpresión: Maria García
Impresión y encuadernación: CAYFOSA- Impresia Ibérica
Carretera de Caldes, km 3, 08130 Santa Perpetua de Mogoda
Depósito legal: B. 17597-2017
ISBN: 978-84-17088-23-1

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte las excepciones previstas por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

A mi marido, Matthew

«Hay pecados, o más bien (vamos a llamarlos como los llama el resto del mundo) memorias perversas, que el hombre esconde en los lugares más oscuros del corazón, pero se quedan allí, esperando.»

JAMES JOYCE, *Ulyses*, 1922

Septiembre de 1934

Küsnacht, Zúrich

Estoy de pie en la cubierta, contemplando la estela de espuma blanca. Zúrich retrocede en el horizonte, y yo espero a que Küsnacht aparezca ante mí. En las orillas los árboles sacuden las hojas secas que empiezan a combarse. El aire tiembla levemente y por el lago se extiende un ligero olor a descomposición.

Llevo tres semanas visitándole en su casa de Küsnacht, cuadrada con contraventanas. Llego en barco tres veces por semana y me siento junto a él. Aún no he hablado. Pero hoy se mueve algo en mi interior y el silencio me resulta opresivo.

El lago está encendido de sol otoñal. Junto al ferry viran y se contonean peces diminutos, con sus escamas brillantes que relucen como estrellas caídas. Mientras los observo algo empieza a treparme por las piernas: me atraviesa las suelas de los zapatos y sube por los tobillos, los gemelos... Siento que me roza la espina dorsal. Mis caderas empiezan a contonearse, mis dedos a llevar el ritmo golpeando la barandilla. Es como si todo mi cuerpo, soso y apagado, quisiera recuperar su hermosura.

Hoy sí hablaré. Responderé a esas preguntas tuyas tan agobiantes. Y le diré que tengo que volver a bailar. Sí. Tengo que volver a bailar...

El doctor Jung se pone los dedos delante de la boca, apuntando hacia arriba, con las yemas rozándole el bigote perfectamente recortado.

—Durmió usted en la misma habitación que su padre hasta los dieciocho años. ¿Cómo se cambiaba de ropa?

Sus ojos son como pequeños aros de luz que nunca se apartan de mi cara.

—Dormía con la ropa puesta.

Me nuevo, incómoda, sabiendo qué preguntas serán las siguientes. Y estoy cansada de esas preguntas. Cansada y harta.

—¿No se desvestía?

Sus palabras se quedan flotando en el aire. Me ajusto bien el abrigo de piel al cuerpo. Y esa doncella insignificante ha intentado arrebatármelo cuando entré. No dejaba de decirme lo caldeado que estaba el despacho del doctor, que ella misma había encendido la chimenea.

—Las ratas no se cambian de ropa para dormir, ¿verdad?

—¿Las ratas? —El doctor Jung retira la silla giratoria y comienza a recorrer la habitación—. Me alegra que se haya decidido a hablar por fin, pero tiene usted que explicarse, señorita Joyce.

—Vivimos en un centenar de sitios... habitaciones, apartamentos. Italia, Suiza, París. —Siento que se me empieza a secar la boca, como si ya hubiera hablado bastante, como si las preguntas interminables del doctor hubieran sido ya suficientes. Me paso la lengua rápidamente por el labio superior, como si quisiera obligarme a seguir—. Nos mudamos a la plaza Robiac cuando los que tenían dinero empezaron a dárnoslo... Los mecenas de mi padre. Antes de que eso sucediera Giorgio, mi hermano, decía que éramos ratas emigrantes.

—Tu padre lo llamaba «el exilio».

El doctor Jung se inclina, acerca su cara a la mía. Y yo me pregunto si puede ver mi interior, mi alma vacía, expoliada; si puede ver de qué manera me han robado y ultrajado.

—Hábleme del *Ulises*. Yo he de confesar que me quedé dormido cuando lo leía. —Se acomoda en la silla y garabatea algo en la libreta; luego vuelve a mirarme—. Prohibido por obsceno. ¿Cómo se sentía al tener por padre a un pornógrafo?

Afuera una nube recorre el cielo y oculta el sol.

—El *Ulises* —repito como un eco mientras busco en mi mente, comida por las polillas, alguna pista, algún recuerdo. Tenía el lomo grueso, azul... letras doradas... Y mamá arrebatándomelo—. Mamá me vio cogerlo una vez y me lo quitó. Dijo que mi padre tenía la mente sucia y que ya lo leería cuando me casara. ¡Cuando me casara!

Suelto una risita exenta de júbilo.

—Entonces, ¿lo leyó usted?

—Por supuesto que lo leí. Es el libro más grande que se haya escrito jamás.

No le digo al doctor que también había encontrado la trama poco interesante, y que aquellos personajes extraños y nada familiares se me escapaban, que nunca encontré los «párrafos guarros» de los que todo el mundo hablaba. En lugar de eso, le suelto mi pregunta sobre Babbo, la pregunta que aún me corroe después de todos estos años.

—Doctor: ¿es mi padre un lunático y un perverso?

El doctor Jung me mira a través de sus gafas con montura dorada. Sus ojos se abren más mientras exhala el aire ruidosamente por la nariz. Se produce un prolongado silencio durante el cual asiente, moviendo suavemente la cabeza, como si esperase que yo hablara.

—¿Por qué me lo pregunta, señorita Joyce?

Tengo el abrigo tan ceñido al cuerpo que la caja torácica se me contrae y el aire se me queda estancado en la garganta.

—Lo vi en un periódico. Le llamaban lunático y perverso. Y del *Ulises* decían que era el libro más obscuro que se hubiera escrito jamás.

Mientras hablo me parece que la voz abandona mi cuerpo y se aleja, como si las palabras y los sonidos no tuvieran nada que ver conmigo.

—¿Por qué cree usted que su padre eligió, para casarse, a una criada?

El doctor se apoya en la mesa, se sube las gafas, se prepara para inspeccionarme otra vez.

—No le gustan las mujeres inteligentes. Eso lo dijo en una ocasión.

No le digo que yo sé *exactamente* por qué mi padre eligió a mi madre. Hay cosas que no pueden decirse. Desde luego, no a un suizo gordo con reloj de bolsillo que cobra por hora, como las vulgares prostitutas. No a todo el mundo.

El doctor Jung asiente y se mordisquea pensativo el pulgar, sin dejar de mirarme, mirándome fijamente, intentando escalar mi alma. Luego coge la pluma y yo oigo cómo raspa la punta cuando escribe en la libreta. Yo acaricio la piel de mi abrigo, tan suave, tan acogedor. Es como un perro faldero que se acurrucara en mi regazo. La cara de mamá ya ha empezado a disolverse, a desaparecer de mi vista, toda ella va desapareciendo... las cejas, como las plumas

de un cuervo, los labios finos, las mejillas aterciopeladas con ese amasijo de venitas rotas.

—No quiero hablar más de ella. Fue ella quien me hizo esto.

Me golpeo la sien tres veces con el dedo índice.

Él deja de escribir y frunce el ceño durante tanto rato que los músculos de alrededor de los ojos le empiezan a temblar.

—Hábleme de su relación con su padre. Antes de que compartieran el dormitorio.

—Siempre estaba escribiendo. Apenas me habló hasta que acabó el *Ulises*.

Bajo los párpados. Me miro los zapatos nuevos, del más suave tafilete italiano y siento cómo los dedos de los pies se pliegan dentro de ellos. No hay necesidad de decir más. No por el momento...

—Competía usted contra mucha gente, real e imaginaria, por el tiempo de su padre.

Los ojos del doctor Jung son ahora como molinetes que me perforan la cabeza.

—Sí, supongo.

Deslizo los dedos por la piel de mi abrigo, primero aplastándola y luego a contrapelo, mientras pienso en esos hermanos míos, tan egoístas. Todos esos personajes vagabundeando por Dublín. Sí, hermanos egoístas que me arrebataron a Babbo. Sostengo la mirada del doctor de un modo que resulta —espero— desafiante y confiado, pero bajo el abrigo el sudor me empieza a caer lentamente por el escote.

—¿Para qué estoy aquí?

Necesito escapar de estas preguntas interminables. El tiempo corre. La *Obra en curso* está sin terminar. Babbo necesita mi ayuda y mi inspiración. ¿De qué le sirvo encarcelada en Suiza? Los pies empiezan a temblarme, a darme pequeñas sacudidas desesperadas como si boquearan, buscando aire.

—Está usted aquí a petición de su padre, señorita Joyce. Pero como no ha hablado hasta hoy tenemos que ponernos al día: vamos muy retrasados. Hábleme de Giorgio.

El doctor Jung enlaza los dedos, me mira, espera.

Al pronunciar él el nombre de mi hermano yo siento una punzada de amor. Durante diez años Giorgio y yo fuimos inseparables, como siameses. Me examino las manos esperando ver las huellas blancas de la presión de sus dedos, allá donde él había puesto los

suyos para apartarme de los gatos esqueléticos a los que yo quería adoptar, para que no me fuera por las empinadas calles de Trieste, para que no me cayera del ómnibus. Pero no hay marcas, naturalmente. Sólo el fantasma arrugado y brillante de una cicatriz, en el pulgar. Aunque sí, hay otra cosa en los confines de mi memoria que empieza a dar tirones y empujones. Me detengo, esperando que se ponga donde pueda percibirla, pero nada. Lo único que siento es un dolor sordo que me sube desde la base del cráneo. Me froto las sienes durante algunos minutos que me parecen largos, mientras el silencio hierve y se arremolina en mis oídos y el dolor me estalla en el cerebro.

El doctor mira el grueso reloj dorado de bolsillo que guarda en el escritorio.

—Se nos ha acabado el tiempo, señorita Joyce. Pero me gustaría que escribiera usted un resumen de los años que vivió en la plaza Robiac. ¿Podrá hacerlo? Por mí.

—¿Por *usted*? Pensé que estas charlas curativas las teníamos por *mí*.

—Es para que yo pueda ayudarla.

Habla despacio, pronunciando cada palabra como si hablara con un niño o un idiota. Coge el reloj de bolsillo y lo observa, escudriñándolo.

—La próxima vez traiga el primer capítulo de sus memorias.

—¿Por dónde empiezo?

—Tiene ahora... ¿veintisiete años?

Deja el reloj y cuenta los dedos carnosos de una mano extendida con los de la otra.

—Dijo que un tal señor Beckett había sido su primer amor, ¿es correcto? —Asiente, como para animarse a seguir—. Comience por él. ¿Recuerda la primera vez que le vio?

—Un momento —digo cerrando los ojos mientras ese recuerdo llega flotando hacia mí, poco a poco, luchando por abrirse paso entre las tinieblas movedizas. Débil primero, luego nítido y definido. El aroma de las ostras y el *eau de parfum* y los cigarrillos turcos y el humo de los puros. El *¡pop!* del champán al descorcharlo, el golpeteo del hielo en las cubiteras de acero, el tintineo de las copas al entrecuchar. Lo recuerdo todo: el resplandor y el bullicio del restaurante, a Stella con aquel turbante que parecía una calabaza pequeña, amarilla, el calor húmedo del aliento de Emile en mi oreja,

la luminosidad de los ojos de Babbo cuando hizo el brindis en mi honor, las palabras exactas de mamá y Babbo. Ah... Sí. Todas aquellas palabras. Sobre el nacimiento y el matrimonio, sobre mi talento y mi futuro. La vida parecía extenderse ante mí toda rosa y oro, brillante, llena de posibilidades.

Abro los ojos. El doctor Jung ha apartado la silla del escritorio y se ha puesto de pie. Repiquetea impaciente con los dedos sobre la cubierta de piel de la mesa, como si quisiera avanzar más deprisa que su reloj de bolsillo.

—Ya sé por dónde empezar mis memorias —digo.

Comenzaré con las primeras manifestaciones de deseo y ambición que intentaron abrirse camino en mi corazón como los zarcillos glotones de un hierbajo. Porque ese fue el principio. No importa lo que digan los demás: *ese* fue el principio.

Noviembre de 1928

París

—Dos genios en la familia. ¿Vamos a empezar a competir? —Babbo empezó a dar vueltas a la sortija sin levantar del *Paris Times* los ojos llorosos. Estaba mirando mi fotografía, escudriñándola como si nunca me hubiera visto, hasta entonces—. Qué hermosa eres, *mia bella bambina*. Igual que tu madre cuando nos fugamos juntos.

—Esto es lo que más me gusta, Babbo. —Le quité el periódico y leí sin coger aire unas líneas de la crítica de mi debut como bailarina: «Cuando alcance la cima de sus capacidades para la danza moderna, es posible que James Joyce sea conocido como el padre de su hija».

—¡Qué ambición tan virulenta tienes, Lucia! Y sin adular. La siguiente línea se me ha grabado en la memoria: permíteme.

Comenzó a recitar con su voz fina, aflautada:

—«Lucia Joyce es digna hija de su padre. Tiene el entusiasmo y la energía de James Joyce y una dosis aún sin determinar de su genialidad.»

Se detuvo y se llevó dos dedos manchados de tabaco al pelo recién engominado:

—Ofreciste una interpretación impresionante. Ese ritmo, esa evanescencia... He vuelto a pensar en el arcoíris. —Cerró los ojos brevemente, como si estuviera recordando la velada, y luego los abrió de repente—. ¿Qué más dice el indiscutible *Paris Times* sobre mi progeñe?

—Dice: «Sus interpretaciones la han convertido en una figura del Théâtre des Champs-Élysées, corazón de la danza de vanguardia en París. Baila todo el día: si no está de gira con su compañía está estudiando danza o bailando sola. Cuando no baila está planificando el vestuario, trabajando en la paleta de colores, diseñando efectos de color... y además, habla al menos cuatro idiomas con fluidez, es alta y esbelta, con una elegancia digna de mención, pelo castaño corto, ojos azules y piel clara. Todo un talento».

Tiré el periódico sobre el sofá y comencé a dar vueltas en círculo por el salón. Aún sonaba en mis oídos el aplauso y la euforia todavía corría por mis venas. Levanté los brazos y seguí haciendo piruetas junto a los retratos con marco dorado de los antepasados de Babbo, junto a los tomos apilados de la Enciclopedia Británica, que hacían las veces de taburetes cuando venían los aduladores de Babbo a oírle leer, junto a las macetas con helechos de mamá.

—Todo París está leyendo mi historia, Babbo. ¡Mi historia! Y... —Me detuve un momento, apuntándole con el dedo índice—, será mejor que *tengas* cuidado conmigo.

Babbo cruzó los pies y se recostó, perezoso, en la silla, sin dejar de observarme. Siempre observándome.

—Esta noche cenaremos en Michaud. Brindaremos por ti, hasta altas horas, *mia bella bambina*. Invita a esa amiga tuya, la bailarina americana. Que nos conceda el honor de su presencia. Yo invitaré a la señorita Steyn. —Volvió a atusarse el pelo, acariciándolo, pegándoselo a la cabeza, con cierto aire de preocupación—. Y supongo que debes invitar también a ese joven que compuso la música...

—Sí, se lo diremos a Emile... al señor Fernandez.

Me dio un vuelco el corazón cuando me puse de pie, me apoyé en el metatarso y empecé de nuevo a girar una, dos, tres veces antes de dejarme caer en el sofá. Miré a Babbo de soslayo. ¿Se habría dado cuenta de cómo se me aceleraba el pulso cuando mencionó a Emile? Porque tenía los ojos cerrados y estaba jugueteando con el bigote, aplastando los extremos con el dedo índice... Me pregunté si estaría pensando en la señorita Stella Steyn, que había ilustrado su libro, o en si se encerraba o no las patillas para ir a Michaud.

—El periódico... ¿no menciona al compositor? ¿Cómo has dicho que se llamaba? —Babbo abrió los ojos y me miró, con las pupilas flotando tras las gruesas lentes de sus gafas como si fueran renacuajos negros en una jarra de leche.

—Emile Fernandez —repetí.

¿Habría captado la suave inflexión de mi voz? Mientras trabajábamos en el estreno de mi espectáculo entre Emile y yo había surgido cierto afecto, y yo no estaba muy segura de cómo reaccionaría Babbo. Siempre había sido muy posesivo en lo referente a mí. Tanto mamá como él se pasaban la vida murmurando, diciendo cómo se hacían las cosas en Irlanda. Cuando yo protestaba y les recordaba

que estábamos en París, Babbo lanzaba un profundo suspiro y mamá bajaba la voz y decía: «¡Rameras! No tienen ni pizca de ver-güenza».

—Yo llamo a la señorita Steyn y tú al señor Fernandez y a tu encantadora amiga la bailarina cuyo nombre se me escapa siempre. —Se llevó la mano al cuello y se ajustó con cuidado la pajarita moteada.

—Kitten —respondí, y entonces recordé que mamá y Babbo se empeñaban en llamarla señorita Neel—. Ya sabes, la señorita Neel. ¿Pero cómo podéis olvidaros de cómo se llama...? Hace años que es mi mejor amiga.

—*Kitten was bitten by an ill-starred bittern, bewitched by a cat-ten after...*¹ —comenzó a recitar, pero la voz se le fue apagando, y comenzó a rebuscar un cigarrillo en el bolsillo de su chaqueta de terciopelo: en el silencio oímos los pasos pesados de mi madre subiendo las escaleras.

—Estoy pensando que tal vez sea mejor para todos que tu madre no lea una y otra vez la crítica de tu debut. —Hizo una pausa y volvió a cerrar los ojos—. Ya sabes que tiene esa manía... Deléitame con una última pirueta, *mia bella bambina*.

Se colocó el cigarrillo con cuidado entre los labios y siguió rebuscando en el bolsillo. Yo hice una pirueta triple lo más rápido que pude: a mamá no le gustaba que bailase en el salón, y no quería que se enfadara y me ensombreciera el ánimo. Irrumpió en la sala cargada de paquetes, jadeando tras subir los cinco tramos de escaleras que había hasta nuestro piso. Babbo abrió los ojos, pestañeó y anunció que nos íbamos todos a Michaud porque teníamos «una pequeña celebración».

—¿Quiere decir eso que ha llegado el giro?

Vi cómo recorría la habitación con la mirada, comprobando que yo no había estado enredando con el mobiliario como hacía a veces, cuando ella salía de casa y Babbo me pedía que bailara para él.

—No, mi querida florecilla montañesa. —Hizo una pausa para encender el cigarrillo—. Lo que ha llegado es mejor que el dinero.

1. La autora imita aquí una de las rimas habituales en la obra de Joyce, que diría así: «A Kitten (o al gatito, que es lo que significa Kitten) le picó un avero malhadado, le embrujó un gato mayor cuando...». (*N. de la T.*)

Todo París brinda hoy por Lucia, y nosotros tenemos que brindar también. Toca brindar y alardear.

Mamá se quedó de pie donde estaba, sin soltar las bolsas. Sólo movía los ojos, que se fueron estrechando hasta que quedaron convertidos en simples rendijas.

—No es por el baile, otra vez, ¿verdad, Lucia? Esto está acabando conmigo. Me vas a llevar a la tumba antes de tiempo, además de ese ascensor que no funciona nunca y estas escaleras que tengo que subir.

Tuve la impresión de que se tensaban los ánimos, pero ya estaba acostumbrada a las protestas y al victimismo de mamá, y Babbo seguía lanzándome miradas conspiratorias, y me guiñaba un ojo cuando ella no miraba. Así que le enseñé el *Paris Times* sin hacer caso de sus quejas.

—Voy a ser una bailarina famosa, mamá. Lee eso.

—Ya voy, Lucia. Pero primero tengo que vaciar estas bolsas y tomarme un té. Mira qué guantes tan finos, Jim.

Soltó los paquetes en el sofá, sacó de uno de ellos una caja blanca de cartón acharolado y empezó a apartar pliegos de papel de seda negro. Y de pronto la habitación se quedó fría, como si la hubiera atravesado una ráfaga de viento. Puse el *Paris Times* sobre el sofá y crucé los brazos. ¿Es que no era capaz de alegrarse por mí? ¿Ni siquiera esta vez?

Babbo me hizo un guiño rápido y luego soltó una enorme bocanada de humo.

—Son unos guantes preciosos, desde luego. Y en ningún sitio resultarán tan elegantes como en Michaud, sosteniendo una copa de ese champán suyo tan embriagador. —Hizo un gesto señalando al periódico que había quedado sobre el sofá—. Léelo, Nora. Describe el prodigioso talento de nuestra *bella bambina*. Me recuerda a ese refrán del palo y la astilla.

—Madre bendita del amor hermoso. Vaya dos. Parecéis un par de rapaces robando una caja de galletas. —Suspiró, contemplando sus guantes nuevos—. En fin, no tengo muchas ganas de cocinar y supongo que sí, que mis guantes causarán admiración en Michaud. —Inspiró y fue a coger el *Paris Times*—. Giorgio es quien debería salir aquí. ¿Por qué nadie escribe nada de Giorgio?

Golpeó el periódico con la punta del dedo.

—Ya escribirán, Nora. Ya escribirán. Quizás Lucia haya tenido uno de sus momentos de Casandra, un sueño sobre Giorgio...

Babbo me miró expectante, pero antes de que pudiera responderle mamá interrumpió con uno de sus comentarios cáusticos sobre «oscuras profecías» y «Casandras alocadas».

—A Giorgio le llegará su momento, pero esta noche vamos a celebrar el triunfo de mi niña arcoíris.

Babbo lanzó un anillo de humo y yo lo contemplé mientras se movía y se elevaba, incierto, antes de quebrarse y desaparecer, disolviéndose en el aire.

—¿Qué es eso de las niñas arcoíris? No me digas ahora que... sean quien sean esas muchachas... ¿también adivinan el futuro?

Mamá insertó los dedos con violencia en los guantes nuevos.

—Personajes de mi libro... «Se van en estampida, se baten en retirada... Por que son estampadas.» Nada con lo que tenga que preocuparse tu cabeza indomable e imperiosa.

Babbo miró al techo y suspiró.

—¿Por qué no puedes escribir un libro normal, Jim? Esto me va a matar, así te lo digo. —Agarró de mala gana el *Paris Times* con las manos enguantadas—. Ponte algo colorido, Lucia. No queremos que esta noche la señorita Stella Steyn nos haga sombra. ¿En qué página habéis dicho?

Tan pronto como nos vio, el *maître* vino corriendo a nuestro encuentro, abriéndose camino entre la multitud. Los hombres paraban continuamente a Babbo para saludarle o para preguntarle por la *Obra en curso*. Mamá era la única que conocía el título verdadero de aquel libro al que Babbo llamaba *Obra en curso*, y había tenido que jurar que guardaría el secreto.

Mientras mis padres intercambiaban saludos con otros comensales apareció Giorgio, a mi espalda.

—Siento llegar tarde—dijo jadeando—. He estado horas esperando al tranvía. Pero he visto el periódico... qué crítica tan estupenda. —Me apretó contra él y me dio un beso en la cabeza—. ¡Qué hermana tan lista tengo! Esperemos que hagas fortuna enseguida, aunque sólo sea para pagarme las lecciones de canto.

Hizo una breve mueca y giró la cabeza.

—Esperemos—dije, sin querer alardear—. ¿No van bien las lecciones de canto?

—No lo suficiente para llevar el tren de vida que espera padre.

Giorgio se pasó los dedos por el cuello almidonado de la camisa y yo advertí los círculos morados que tenía alrededor de los ojos y el olor a licor de su aliento.

—Tengo que pedirle dinero todos los días, y siempre me mira como un perro al que no han dado de comer. Luego suspira con ese desánimo típico de él.

Le puse una mano en el brazo en señal de conmiseración. No me gustaba verle tan desmoralizado, y nunca antes había oído a alcohol.

—Cuando empiece a ganar dinero, contribuiré.

Pero Giorgio, en lugar de responderme, hizo otra pregunta:

—¿Recuerdas al señor y la señora Cuddle-Cake?

Me eché a reír.

—¿Los padres que nos inventamos?

En su rostro se dibujó una expresión de nostalgia.

—La otra noche soñé con ellos. Venían, por fin, a adoptarnos, y el señor Cuddle-Cake me enseñaba a montar a caballo.

—Es un poco tarde para los padres imaginarios.

Volví a mirar a mamá y a Babbo, que intentaban atravesar el restaurante abarrotado escoltados por una falange de camareros en blanco y negro.

—Cuando éramos pequeños madre y padre no estaban nunca. Y ahora que somos adultos no nos dejan nunca solos. El señor y la señora Cuddle-Cake no habrían sido así, ¿verdad que no?

—No, pero no eran reales —respondí.

Yo no quería pensar en el pasado, así que me encogí de hombros exagerando un poco el gesto y le recordé que mamá pensaba que él era perfecto y que no podría hacer nada mal, cuando él exclamó:

—¡Ah, mira! Están todos.

Señaló una mesa junto a la ventana donde estaban, tranquilamente sentados, Stella, Emile y Kitten, entre la cubertería reluciente y la cristalería brillantada. El candelabro iluminaba la cara sonriente de Emile y yo sentí que mi pecho se agitaba levemente. Se había engominado el cabello oscuro y llevaba en el ojal un lirio naranja. Me saludó con la mano y vi la luz que despedía su gemelo de diamante, enviando por toda la mesa un destello pulverizado con los colores del arcoíris. Stella estaba sentada junto a él, vestida de seda en azul pavo real y adornada con tres filas de cuentas de ámbar que le llegaban a la cintura y un turbante amarillo limón con

borlas que bailaban al ritmo de sus cejas. Babbo llegó en silencio detrás de nosotros y la examinó con los ojos forenses de un botánico que inspecciona una orquídea desconocida.

—Me gustaría poder vestirme así —susurré a Kitten mientras ella pegaba los labios a mis mejillas heladas.

Stella tenía una osadía, un descuido bohemio, que ya me hubiera gustado tener a mí. Mamá insistía en elegir —y comprarme— la ropa que, aunque siempre era elegante y de buen corte, nunca tenía aquella extravagancia de los conjuntos que lucía Stella.

—Pero tú no necesitas preocuparte por la ropa, cariño. Desde luego, no después de la crítica de tu debut. Me das mucha envidia. Y de todos modos... espera a ver lo que lleva puesto de cintura para abajo: ¡pantalones morunos con borlones! Nada prácticos si llueve. —Kitten me apretó la mano, afectuosa—. Pero Giorgio hoy no parece él, con lo tranquilo que es...

Bajé la voz y le hablé al oído:

—Está preocupado por el dinero. Creo que está harto de depender de los patronos de Babbo.

—Todo irá bien cuando tu padre consiga vender sus libros en Estados Unidos. ¿Por qué mira a Stella de ese modo?

—Está ilustrando un libro suyo. Puedes estar segura de que es su libro lo que tiene en la cabeza —bajé los ojos y añadí, en un murmullo—: seguro que está pensando en cómo describirla en flamenco, en latín o con un calambur rimado.

Me deslicé por el banco, para ponerme al lado de Emile. Sentía el calor y la solidez de su cuerpo, pegado al mío. Nos envolvía un remolino de sonidos, de charlas y risas, el tintineo de las pulseras y las perlas, el roce de las sillas contra el suelo, el estrépito de los platos y las copas, el choque de tenedores y cuchillos. Y en mi cabeza, todos ellos se fundieron en el aplauso que había recibido en mi debut, estimulante y emocionante.

Babbo pidió que trajeran champán y ostras sobre hielo y, en cuanto nos llenaron las copas, apartó su silla y se puso de pie, agarrándose a la mesa con una de sus manos huesudas.

—Propongo un brindis por Lucia: ¡bailarina, lingüista, artista!

Ojos azules y piel clara.

Mamá estiró el cuello y giró la cabeza hacia el candelabro al levantar su copa. Tuve la súbita impresión de que me tenía envidia. Fue una idea absurda, que me pasó fugazmente por la cabeza. Pero había

algo en el ángulo que formaba su cuello bajo aquella luz, como si quisiera dejar claro que mi existencia se debía a ella. Me di cuenta de lo raro que me resultaba en aquel tiempo ver los ojos de Babbo posarse sobre ella, o sorprenderle escuchando la cadencia de su voz. Todo eso estaba reservado para mí. Dirigí la vista hacia el otro lado de la mesa, donde estaba él con la copa en alto, parpadeando mucho, con la mirada vagando entre Stella y yo.

Entre tanto el champán burbujeaba en las copas, el olor a mar de las ostras se dispersaba por la mesa y de los comensales que teníamos al lado salían pequeñas nubes de humo de cigarro, mientras me sonreían y me aplaudían a mí. Sentía el muslo de Emile apretado contra el mío, firme y lleno de certezas. Y en ese instante me pareció que podría ser feliz para el resto de mi vida, y que nadie podría serlo más que yo. Me incliné hacia Emile y le acaricié la pierna con la mano.

—¿Dónde va a ser tu próxima actuación, Lucia? ¿Van a tener que quitar a Josephine Baker del programa para ponerte a ti? —Stella se ajustó el turbante, empaló una ostra con el tenedor y se la metió con elegancia en la boca.

—Menuda pieza es la Baker esa. Baila desnuda, sólo con unos plátanos. ¡Qué vergüenza! —Mamá cogió la servilleta y la sacudió, como si quisiera borrar todo rastro de conversación sobre la Baker, la bailarina que había tomado París por asalto con su osado espectáculo.

—Dicen que está amasando una fortuna increíble —dijo Giorgio, sacando la punta de la lengua y dejándola posada un momento en el labio superior—. Según parece, ahora ha cambiado la faldita de plátanos por una pluma rosa diminuta.

—¿Va desnuda, sólo con una pluma? —Kitten, asombrada, abrió unos ojos como platos.

—Es una fulana, eso es lo que es —dijo mamá, con las aletas de la nariz temblando de desprecio.

—Es una mujer joven y moderna que se gana la vida. A mí me parece bien —dijo Stella levantando la copa de champán, que bajó rápidamente cuando vio cómo la miraba mamá.

—Ha tenido dos maridos y dicen que ahora tiene un amante. ¿Me puede usted decir qué clase de dama es una mujer que hace eso?

—Por eso puede bailar tapada sólo con una pluma. Si no estuviera casada, no le estaría permitido —afirmó Kitten con toda tranquilidad—. Mi padre dice que el matrimonio es la única vía para que una mujer pueda ser libre. Incluso hoy en día, incluso aquí en París. Todas

esas mujeres liberadas, esas *flappers*... dice mi padre que en el fondo no son libres. En absoluto.

—Debe resultar muy liberador bailar desnudo —dijo Giorgio soltando el humo y apagando el cigarrillo—. Especialmente cuando te están pagando una fortuna por ello. No se puede ser más libre.

—¡Qué tontería! —Stella, con los ojos encendidos, apuñaló el aire con el tenedor—. Las mujeres ahora tienen una oportunidad real de ser libres. Mira a las parisinas: son pintoras, bailarinas, escritoras. Y no todas están casadas.

—¡Bravo, Stella! —grité yo, aplaudiendo.

Stella tenía lo que mamá llamaba «un pico de oro». Era otro aspecto de Stella que yo admiraba y envidiaba. Estaba a punto de interrumpir, de exponer mis propias opiniones sobre lo libre que puede sentirse alguien que se deja llevar por el movimiento y lo liberador que resultaba bailar, vestido o desnudo, fuese uno rico o pobre, cuando Giorgio me interrumpió a mí.

—Dicen que recibe centenares de ofertas de matrimonio todas las semanas. Quizás debería hacerle yo una proposición. ¿Qué te parece, Emile?

Se volvió hacia Emile y le dio un golpecito en el hombro.

—Yo estoy de acuerdo con Kitten. El matrimonio es la roca sobre la que se construye nuestra sociedad, y la única forma de ser libre para cualquiera de nosotros. Eso es lo que piensan los judíos, que el matrimonio es la base de todo. Aunque no estoy muy seguro de que eso sea el matrimonio para la señora Baker. —Emile se había encontrado con mi mano bajo la mesa y, mientras hablaba, me acariciaba los dedos con el pulgar—. ¿Qué piensa usted, señor Joyce?

Por el rabillo del ojo vi a mi madre revolviéndose en la silla y mirando fijamente a la copa de champán. Babbo, ausente, se deslizaba los dedos por la mandíbula, alisándose y atusándose la barba.

—Matrimonio, religión... Son convenciones e instituciones. Cadenas de las que debemos liberarnos.

Miró fijamente al plato que tenía delante, con las conchas vacías de las ostras.

—No hagáis caso a Jim. ¡Qué sabrá él de cadenas! —dijo mamá dejando un suspiro a medias, como si la exasperación la hubiera dejado sin aliento antes de terminarlo.

Yo lancé a Giorgio una mirada inquisitiva pero él, con un ciga-

rrillo colgándole del labio, estaba muy ocupado buscando su encendedor.

—La libertad de la mujer y la institución del matrimonio no son incompatibles. Pero nadie puede negar la supremacía de la familia. Miraos a vosotros, por ejemplo, los Joyce —dijo Stella, señalando a mis padres por encima de la mesa, de las migas de pan y las pavesas de ceniza y las copas medio vacías—: tantos años casados, entregados a Lucia y Giorgio. ¿Habrían sido tan listos, habrían tenido tanto talento si vosotros no hubierais estado casados?

—Habríamos sido unos bastardos que viven en una alcantarilla —dijo Giorgio abriendo la boca en un aparatoso bostezo; cuando se llevó la mano para disimularlo me pilló mirándole y me guiñó un ojo—. Pero en lugar de eso somos estrellas de la escena... en ciernes... ¿verdad, Lucia?

—Bueno, yo soy de la opinión de que la señora Josephine Baker tendría que estar encerrada. En Irlanda, desde luego, lo estaría. Bajo llave. —Mamá apartó su copa y sacudió la cabeza, convencida.

—Y yo también, Nora. Yo también lo estaría —dijo Babbo como si hablara al nudo de la corbata, en un tono tan calmado que sólo le oí yo.

Emile se puso en pie de pronto, diciendo en voz muy alta:

—Bueno, ya está bien de hablar de alcantarillas y de celdas. ¡Otro brindis por Lucia, por su talento y su belleza!

Emile levantó la copa y todos volvieron a gritar mi nombre, una vez más.

Y entonces fue cuando le vi. Estaba en la calle, mirando furtivamente a través de la vidriera, tan cerca que casi tenía la nariz pegada al cristal. Tenía unos ojos grandes y curiosos y parecía estar mirando a Babbo, pero en ese momento volvió la vista hacia mí. Y en esa fracción de segundo sucedió algo extraordinario: cuando nuestros ojos se encontraron pasó entre nosotros una corriente de emoción. El corazón me dio un violento vuelco. Luego él bajó la cabeza, encorvó los hombros, y desapareció por el bulevar. Sentí que Emile volvía a sentarse en el banco y volvía a pegar su pierna a la mía.

—¿Pero qué mira? ¿Lucia? ¡Lucia! Nosotros brindando por ti y tú mirando por la ventana como una posesa —dijo mamá, elevando la vista con un gesto de desesperación.

Babbo frunció el ceño, volvió a posar la copa de champán en la mesa y extendió la mano hacia mamá:

—Nora, déjala. Acaba de tener una visión. ¡Pido silencio para mi Casandra!

—Había alguien mirándome por el ventanal —respondí, deslumbrada y desconcertada por aquella experiencia sin par, por la intensidad de aquellos ojos, por el súbito sobresalto de mi corazón. Moví la mano como para quitarle importancia y me giré, agradecida, hacia Emile, con la esperanza de que Babbo dejara de hablar de Casandra.

—Será uno de tus nuevos admiradores, estoy segura. —Kitten se rió y me apretó el brazo—. Seguramente te ha visto en el periódico y te ha reconocido.

—Claro. El precio de la fama. Demasiado bien lo sé. —Babbo miró en torno a la mesa: las lentes de sus gafas iban lanzando destellos sobre los rostros de los comensales, uno tras otro—. Tendrás que llevarlo lo mejor que puedas, Lucia. No te quepa duda de que estarán fuera, haciendo cola para conseguir un autógrafo tuyo.

¿Estaría *él*? ¿Aquel hombre con los ojos brillantes de pájaro, la nariz ganchuda y las mejillas como las aletas de un pez? No. Se había fundido con la negrura. Todos los que estaban sentados a la mesa se rieron de la ocurrencia de Babbo. Todos, excepto Emile, que tenía los labios tan pegados a mi oído que yo sentía el chasquido de la saliva dentro de su boca cuando me susurraba:

—Tendrás varias colas de admiradores esperándote. Ya lo creo.

Entonces Babbo empezó a elucubrar sobre el vínculo indiscutible que existe entre los bailarines y las visiones, y nos contó la historia de una oscura tribu africana que bailaba y bailaba hasta que conseguía ver el futuro. Yo sabía que me estaba mirando a mí, pero no era capaz de prestar atención a sus palabras.

—Y seguro que también bailaban medio desnudos —dijo mamá con tono poco entusiasta.

Todos se rieron, pero yo sólo podía pensar en el hombre que se me había quedado mirando a través del cristal. Sentí que me recorrería una extraña sensación de desasosiego, como si algo estuviera eclosionando muy dentro de mí.

Y ahora, contemplando todo aquello desde los Alpes, donde el aire frío está empezando a mordisquearme y a atenazarme, veo con claridad que estaba en lo cierto. Por poco probable que hubiera parecido en su momento, algo *estaba* eclosionando, desenrollándose, muy dentro de mi plexo solar. Y allí fue donde empezó todo.